



el lugar
más
peligroso
del
mundo

herbert
k
sommer

El lugar más peligroso del mundo

Herbert K. Sommer

uno

Miami, Florida; Estados Unidos. 2001

John descendía al infierno cada vez que cerraba los ojos. Con cada parpadeo volvía a sentir los pesados grilletes en muñecas y tobillos, la piel tensa por la suciedad, la venda, el hedor a sangre, orina y miedo. Regresaba a aquel camastro infestado de piojos, tendido en posición fetal sobre el flanco menos maltratado, mientras sus fracturas soldaban, perezosas, y las ratas chapoteaban en los tres dedos de agua cenagosa acumulados en el suelo.

Pronto irían a buscarle. Pronto volverían los golpes, los insultos, el dolor, las inyecciones, la picana. Ya no le hacían preguntas. Eso fue al principio, cuando todavía podían hallar alguna satisfacción en minar su resistencia. Había contestado a las mismas preguntas de mil maneras diferentes, con la menguante esperanza de recuperar el sol, el cielo, el viento...

Llegó a creer que jamás había sido libre. El infierno era todo cuanto existía, y siempre había vivido allí. El infierno era repetición; de las mismas torturas, los mismos insultos y las mismas preguntas. Y cuando las preguntas se acabaron no las echó en falta; incluso llegó a convencerse de que, en realidad, jamás le habían hecho pregunta alguna, porque el infierno también era olvido.

A menudo, cuando abría los ojos, el infierno le acompañaba durante una fracción de segundo, eclipsando la realidad.

¿Éste soy yo? se preguntó. No reconocía el rostro ojero-so que le devolvía la mirada desde el espejo. El cardenal de su mejilla estaba hinchado y le dolía. El golpe contra el suelo del motel había abierto de nuevo el tajo que le había hecho Cinco Plumas. Necesitaba puntos, pero no podía

ocuparse de ello por el momento. Al menos el chichón en la nuca parecía haber menguado. El sudor perlaba su frente y labio superior y enconaba la puñalada de su brazo.

Se refrescó la cara. Frotó la camiseta empapada en su torso desnudo, las axilas y los brazos. Condenado calor. La sangre se había secado en la gasa que cubría su herida de bala. Arrojó la camiseta al cesto de la ropa sucia y se puso la camisa. El reflector de un helicóptero proyectó su silueta, atigrada por las lamas de la persiana, en la pared del aseo.

Inspiro y soy una piedra, sólida, inmutable, eterna.

Expiro y soy la lluvia, que inunda las grietas de la piedra.

Inspiro y soy el invierno, que congela el agua de lluvia.

Expiro y soy el hielo, que desmenuza la piedra.

Aullido electrónico.

—Ramón, dame algo con lo que trabajar. Suelta a un rehén para que todos vean que eres un hombre razonable.

El megáfono metalizaba la voz del negociador.

Ramón se hacía oír sin necesidad de electrónica.

—*¡No suelto un carajo, cara verga! ¡O me conseguís ya mismo esa furgoneta o mañana desayunás sobre una montaña de muertos!*

Eso es, Ramón, haz gala del sentido común que te caracteriza.

—Estoy haciendo todo lo posible, Ramón, pero hay un atasco descomunal de camino aquí. Nos vendría bien un poco más de tiempo.

—*¡A mí no me jodes! ¡Estás intentando joderme! ¿Por qué carajo no me toman en serio? ¿Crees que no tengo pelotas para darle boleta a los rehenes? ¿Crees que se me va la fuerza por la boca? ¡Me sobran pelotas para darle fierro a todos!*

John recuperó su camiseta, salió del cuarto de baño y echó un vistazo al pasillo sembrado de casquillos y escombros. Un cadáver con el uniforme de asalto de la Policía de Miami yacía, acribillado, a pocos metros de la sala de billar. Era el hijo de alguien, quizá el padre, el marido de alguien,

y ahora estaba muerto. Su familia le esperaría en vano, mientras la cena se enfriaba. Su padre lamentaría haberle sobrevivido. Ningún padre debería enterrar a sus hijos.

—Ramón, tranquilízate, por favor, sigamos hablando.

—*¡Estoy hasta las mismísimas bolas de tus pendejadas! ¿Crees que no tengo cojones para apiolarlos a todos? ¿Crees que se me va la fuerza por la boca, que me gusta que me tengas aquí, gastándome, hablando paja? ¡Te voy a mostrar que me sobran pelotas!*

Salazar irrumpió en el corredor y pisoteó los vidrios rotos, los jarrones chinos hechos añicos y las copias acribilladas de estatuas clásicas. Sorteó el cadáver de uno de sus propios hombres, pisó la mano del policía muerto y pasó ante John, invisible a sus pupilas dilatadas por la cocaína. La recargada decoración hacía más grotesco el espectáculo de la muerte. Si había un lugar apropiado donde morir, sin duda alguna no era aquel. Los hombres de Ramón se habían llevado la peor parte, pero la policía de Miami había pagado un alto precio por su inocencia. El equipo SWAT esperaba encontrarse con un simple puñado de matones barriobajeros presumiendo de armas automáticas, no encarar a un disciplinado contingente de sicarios endurecidos en las guerrillas o en las calles de Medellín y Cali. Los hombres de Ramón habían causado estragos entre los operativos de la policía de Miami.

Gritos, un forcejeo, y Ramón salió del salón arrastrando por el cabello, camino de la terraza, a la prostituta de senos operados, que gemía, pataleaba y se retorció. John se asomó a la puerta del salón, amparado en la seguridad de la penumbra que las velas y las lámparas portátiles no alcanzaban a disolver. No convenía que ninguno de los rehenes pudiese dar una descripción precisa de su rostro, aunque todos estaban ensimismados en sus propias pesadillas. Eran tres policías heridos que a duras penas se mantenían derechos, la otra prostituta, que lloraba a moco tendido, y el personal de servicio de la casa. Permanecían arrodillados

y con las manos en la nuca. Los habían reunido en aquella habitación después de embozar con muebles la única ventana. Tres hombres armados les custodiaban. Y si un grupo de *girl-scouts* hubiese llamado a la puerta de la mansión un minuto antes del primer asalto, Ramón las habría tomado como rehenes también. Y a los peces tropicales, si una bala no hubiese roto el acuario. La cocaína y la presión le habían desquiciado. John se preguntó cuánto tardaría en verse llamado a aquella habitación. A fin y al cabo, aunque gozaba de cierta libertad de movimientos, también era un cautivo.

—*Largo de aquí* —dijo Frank, en su español con acento Texano—. Puede que seas la hostia allá en Colombia, pero no te quiero cerca de mí.

—*¿La ves?!* —gritó Ramón en la terraza—. *¿Ves a esta puta?!*

Inspiro y soy una sombra que se desvanece.

Un disparo.

—*¿Me das esa cartera negra?* —dijo John, señalándola—. La que tiene la cruz roja en la solapa.

Expiro y soy un grito que se apaga.

—*¿Entonces qué, tomo? ¿Quieres que vaya a por otra?*

—Tómala y lárgate.

John asintió y volvió al pasillo. La camisa de aquel policía muerto en el que se había fijado antes no le servía. Estaba acribillada, pero podía aprovechar todo lo demás. Se echó el cadáver a la espalda.

—*¿Quieres que vaya a por otra? ¡Tengo una casa llena de esta vaina! ¡Y me sobran bolas para darles fierro a todos!*

John subió las escaleras peldaño a peldaño, llevando el cuerpo del agente sobre los hombros y el botiquín entre los dientes. Los puntos del costado le tiraban de la piel. En el piso alto había menos destrozos y pocos agujeros de bala en las paredes. El asalto por el tejado, tras una inserción con helicóptero, había terminado antes de empezar, dejando el cadáver de un SWAT abandonado bajo la ventana que había atravesado con su cuerpo, sujeto aún al arnés de

escalada por la cuerda de rápel. Ramón, el estereotipo de narcotraficante por antonomasia, había atravesado su casco de Kevlar con un único disparo de su .357, cubriéndole la cara de sangre, como una macabra pintura de guerra. Una escopeta de corredera Mossberg yacía al alcance de su mano yerta. El padre de alguien, al que quizá sobreviviría; el hijo de alguien, el esposo de alguien, que ya nunca regresaría a casa.

Dejó en el suelo el cadáver que acarreaba y, con el antebrazo izquierdo envuelto en la camisa, barrió los cristales rotos antes de reptar hacia la ventana. Agazapado tras el policía muerto, miró al exterior. No había menos de veinte coches patrulla aparcados a lo largo de Main Highway, lanzando relámpagos rojos y azules; cinco ambulancias, unidades móviles de Telemiami y de las noticias del Canal 7; una multitud de policías y un gentío de curiosos a los que las barreras apenas podían contener. Vio varios coches de detective al otro lado del retén de seguridad, después de la intersección con la calle Hibiscus. Los reconoció por las antenas de las emisoras y las balizas removibles sobre sus techos. Nadie los vigilaba. También vio una furgoneta negra con las siglas del Equipo de Respuesta Especial del Condado de Dade. Buenos profesionales. Ramón no tenía la menor posibilidad.

Se alejó de la ventana, soltó el arnés del policía y arrastró de espaldas su cadáver hasta el dormitorio principal. La única luz procedía de velas colocadas sobre las mesillas. Ramón no había querido darles una lámpara de gas como las que tenían en la planta baja, e incluso aquellas candelas eran de las que Sam encendía en el baño.

—¿John...? —gimió Samantha, desde la cama.

—Sí —Dejó el cuerpo en el centro de la habitación y trajo el otro cadáver. Salió una vez más en busca del botiquín y la escopeta.

—He oído un disparo...

—Ramón está un poco nervioso —Sacudió los cristales de la camisa y se la puso de nuevo, sin abotonar. Se sentó en el borde de la cama. Sam estaba muy pálida y transpiraba en abundancia. Le acarició el cabello, que el sudor había convertido en cobre húmedo—. Déjame ver eso... —levantó la servilleta manchada de sangre que cubría su hombro izquierdo. Alrededor de la herida se había formado un hematoma del tamaño de una pelota de tenis. Una gota de sangre brotó del orificio y rodó con aceitosa mansedumbre por la piel de Sam. John abrió el botiquín y sacó la tintura de yodo—. Debes de ser la protagonista de la película —comentó, mientras mojaba unas gasas en Betadine y procedía a desinfectar la herida.

—¿Qué dices?

—¿Nunca te has fijado que al protagonista de la película nunca le disparan en el pecho ni en la cabeza? —preguntó, sonriendo—. Siempre en el hombro izquierdo, para que pueda seguir empuñando la pistola y luchando contra los malos. Me pregunto por qué todos los guionistas recurren a ese cliché.

—No me había fijado... Pero sí me he dado cuenta de otra cosa.

—¿De qué? —dijo John, preparando una inyección de penicilina.

—Toda investigación policial digna de ese nombre debe pasar por, al menos, un club de *strip-tease*.

—Sí, es cierto —rió John, sacándole el aire a la jeringuilla—. Otro tópico repetido hasta la saciedad. ¿Eres alérgica a la penicilina?

—No lo sé.

—Vaya... —dejó la jeringuilla de penicilina y preparó un antihistamínico.

—¿Has visto alguna vez a un poli en un club de *strip-tease*?

—No frecuento esa clase de establecimientos.

—Trabajé casi dos años en *Knockers* y jamás vi a un puto madero.

—Quizá fuesen de incógnito.

—Y una mierda. Apestan a un kilómetro.

Le puso la penicilina y esperó. No hubo reacción adversa. Cubrió el orificio de entrada con una gasa estéril y desinfectó el de salida. La bala había roto el omóplato. Había astillas de hueso en la herida.

—¿Te duele?

Sam negó con la cabeza.

—No siento nada. Estoy entumecida. Como si me hubiese fumado yo sola una pipa entera de hierba.

Cubrió también el orificio de salida, se lavó las manos en el cuarto de baño contiguo y preparó el equipo de sutura.

—John... —gimió Sam.

—¿Sí?

—¿Me das un beso?

—¿Quieres que te bese?

—Me han pegado un tiro, he sangrado como una cerda, tengo frío, tengo miedo y me siento besucona. ¿Quieres besarme de una puñetera vez?

John se inclinó hacia ella para besarla en la frente, pero Sam emitió un gruñido desaprobatorio.

—En la boca... —susurró. John dudó durante un interminable segundo, desgarrándole el corazón— por favor... —suplicó. La boca de John se abrió sobre la suya. Cerró los ojos, empujó con la cabeza hacia los labios de John y chupó su lengua. Se odió por sentir tanto placer, por ser tan feliz cuando todavía no había recuperado a Nathan. ¿Acaso no había renunciado a todo hasta que volviese a tenerle entre sus brazos? ¿Por qué, entonces, se permitía gozar de este momento de felicidad? ¿Es que abandonaba su lucha? No. Jamás.

Sus bocas se separaron, dejándola con un apetito feroz, doloroso, pero se negó a pedir más. No lo merecía, hasta

que hubiese recuperado a Nathan. John la miraba con una pregunta en sus negras pupilas galesas.

—No saques conclusiones.

—No lo hago —dijo él, rebuscando en el botiquín.

—Esto no nos convierte en una pareja.

—Por supuesto que no —se calzó unos guantes quirúrgicos con gesto indiferente.

—No es que no me gustase echar un buen polvo contigo... Estás muy bueno, para tener más de cuarenta... Es que ahora mismo no puedo pensar en ello.

John ignoró ese comentario.

—En el motel, cuando salí de la ducha... Si hubieses estado despierto, te habría echado el polvo de tu vida.

John sonrió y Sam volvió a verle sobre la cama del motel, la primera vez que le miró con ojos de mujer, y revivió su decepción al encontrarle dormido, en lugar de despierto y erecto, aguardando impaciente su regreso.

—No estoy muy seguro de que las mujeres puedan «echar polvos» —dijo él—. ¿«Polvo»? no es argot para «semen»?

—No tengo ni idea... Pero te habría follado bien follado —se rió—. ¿Te das cuenta? Ya me estás corrigiendo otra vez. No puedes evitarlo, ¿verdad? Es superior a tus fuerzas.

John tampoco replicó a esto. Le limpió el sudor de la frente con una toalla y dispuso el portaagujas, el hilo y la sutura sobre la almohada, al lado de su cabeza. Acercó la mesilla de noche cuanto pudo, procurándose mejor iluminación.

—Esto te va a doler un poco.

—Ya lo sé —ella se tocó la costura de la frente—. ¿O ya lo has olvidado?

John retiró la gasa y dio la primera puntada en la herida del hombro.

—Supongo que podemos considerar esto nuestra segunda cita —rió Sam—. Me pregunto qué me tienes reservado para la tercera. ¿Desactivar un arma nuclear, tal vez?

—Bueno... Había pensado en una cena ligera a la luz de las velas y un poco de música... Pero si lo del arma nuclear te hace mucha ilusión, intentaré conseguir una.

Rieron. Por un momento, el dolor y el miedo desaparecieron.

De verdad que tiene ojos de afgana.

—¿John...?

—¿Sí?

—¿Por qué te has quedado así, como lelo? ¿Es más grave de lo que creías?

—¡No! No te preocupes. Estaba...

—¿Sí?

—Estaba intentando imaginarte con el pelo negro.

En realidad, durante un momento, Sam se había convertido en Sakina. *¿Qué esperas de mí?, había pensado John antes de volver en sí. No puedo curar tus heridas con hilo y aguja. No puedo curarlas con nada.*

—Dijiste que te gustaban las rubias.

—Dije que me gustan las mujeres. No te preocupes. Estoy un poco cansado. Eso es todo.

—John...

—¿Sí? —dijo él, sin apartar la mirada de la sutura.

—¿Te arrepientes de haberme sacado de aquella avioneta?

—¡No! Te estoy agradecido por rescatarme del aburrimiento.

—Pero casi te matan por mi culpa... Y ahora quizá acabes en la cárcel o en la morgue.

Él le sonrió de nuevo, con aquella sonrisa que hacía enternecerse a la Sam Mujer, y le acarició una mejilla, arrancándole unas lágrimas de rabia porque quizá *(este hombre bondadoso servicial valiente atractivo sí joder muy atractivo que se ha convertido en mi caballero andante por más que yo esté muy muy lejos de ser una doncella inocente y que me ha protegido jugándose el pellejo y sin hacer pregun-*

tas) ambos estarían muertos muy pronto, y sería por su culpa.

—Todo saldrá bien, no te preocupes.

¿*Todo saldrá bien?*, pensó ella, ofendida. Quedaban como dos millones de cosas que podían torcerse y que John no controlaba en absoluto. Pero él no se arrepentía de nada. Sam había logrado reconciliarle con los fantasmas de su pasado. Se alegraba de que el destino les hubiese reunido y empujado a aquella aventura, aun a costa de tantas vidas y de una inminente conclusión que llegaría remontando un nuevo río de sangre.

Se preguntó si tendría oportunidad de contarle a Sam que todo había empezado mucho tiempo atrás, en el otro extremo del mundo, en un país que Samantha Warren quizá no fuese capaz de situar en un atlas.

Cinco millones y medio de afganos, un tercio de la población de Afganistán antes de la ocupación soviética, buscaron refugio en Pakistán e Irán huyendo de la guerra. En 1986, la mitad de todos los refugiados del mundo eran afganos.

dos

Peshawar; Pakistán. 1986

Peshawar era, en los años ochenta, la más populosa ciudad de la frontera occidental pakistaní, y el mercado de Quissa Khwani, su corazón. No obstante, la mayoría de parroquianos del bazar no eran punyabíes nacidos en Pakistán. Mercaderes uzbekos —reconocibles por sus *chapan*, especie de largos caftanes, sus pequeños tocados y sus botas de cuero— vendían artesanía, algodón o harina; tratantes turkmenos ofrecían los magníficos tapices de su tribu y los caballos más rápidos de Afganistán, que han hecho de los turkmenos extraordinarios jinetes y quizá los mejores y más célebres *chapandaz*. El sonriente mercachifle de característico gorro rojo que voceaba radios rusas era un afridi, rama de la etnia pashtún que, según las otras tribus afganas, solo produce criminales, contrabandistas y asesinos; mientras que el hombre de ojos claros y rasgos occidentales que regateaba con él era en realidad un nuristaní orgulloso de su presunto parentesco con los griegos de Alejandro Magno, llamado Iskander por los Afganos, que invadieron la Bactria en el siglo iv antes de Cristo.

Tras el derrocamiento del rey Zahir Shah en 1973, Afganistán había pasado de monarquía decadente a república convulsa, ensangrentada por luchas intestinas y por la oposición feroz de las instituciones más reaccionarias del país. En septiembre de 1979, un golpe de Estado derrocó al entonces presidente del país, Jafizulá Amín, golpista a su vez, y entronizó a su sucesor, Babrak Karmal, quien solicitó a la Unión Soviética ayuda militar e ingenieros civiles con los que proseguir el plan de reformas y secularización iniciado

por su predecesor. El envío de tropas soviéticas en diciembre de ese mismo año fue considerado una agresión extranjera por amplios sectores de la sociedad afgana. Los opositores al gobierno comunista y contrarios a la presencia de tropas soviéticas organizaron las primeras milicias y protagonizaron escaramuzas que pretendían expulsar de Afganistán a los extranjeros. La actividad guerrillera había sido respondida con feroz contundencia por las tropas comunistas, generando una marea de expatriados que buscaron refugio en Irán y Pakistán.

Hana Abdulá pasaba en Peshawar por uno de estos refugiados y nadie lo ponía en duda al verle vestido con el tradicional *shalwar kamiz*, el bonete de *salat* y las sandalias de cuero. Tampoco sus penetrantes ojos grises, su piel, un poco más clara que la de los pashtunes, y su poblada barba castaña desmentían su nacionalidad. Nativo del Nuristán, Hana se había criado lejos de Chitral, su tierra natal. Hana Abdulá gozaba de un profundo respeto entre todos los afganos de Peshawar por su buena disposición a llevar correo y mensajes de los refugiados a sus parientes a quienes la guerra había atrapado al otro lado de la frontera, así como por haber estudiado para *mulá* en *madaris* de Teherán y Londres, obteniendo un dominio del árabe clásico y el *Corán* que le convertían en una figura de autoridad. Quienquiera que le visitase en su casa tenía la seguridad de ser bien recibido y poder degustar una taza de té o un refresco y unos dulces —salvo durante el ayuno diurno del Ramadán, que Hana nunca perdonaba—. El mercader nuristaní llevaba tan al extremo la *melmastíá*, la obligación de hospitalidad del código de honor afgano, que alguna vez había interrumpido sus oraciones solicitado por un visitante inoportuno.

El traficante que chalaneaba el precio de una alfombra con Hana era un viejo conocido que se permitía bromear con él, pasando del pashtún al dari, se mofaba de su sonsonete persa, fruto de su estancia en Irán, y ridiculizaba la